

crónicas de la era carnal

"mundo, demonio y sitges"

por
Luis Carandell

batería y los que estaban un poco alejados no vieron otra cosa que una lucecita sobre el mar. Pero la fiesta resultó muy lucida. «Pilar Arcas —añade Pla con su fina ironía— estuvo admirablemente; produjo un modernismo pueril y escabroso».

El recuerdo de Rusiñol y de sus famosas «fiestas modernistas» celebradas en la ciudad blanca a fines del pasado siglo está todavía muy vivo en Sitges. Se encuentra uno con personas que le hablan de la representación, que les contaron sus padres o sus abuelos, de «La Fada», del maestro Morera o de «La Intrusa» de Maeterlinck, en traducción de Pompeu Fabra y, sobre todo, de la entrada procesional de los dos cuadros del

Greco, que Rusiñol había adquirido en París con destino al Museo del Cau Ferrat, episodio éste al que me referiré más adelante. Tanta importancia ha tenido Santiago Rusiñol, y con él el movimiento modernista, en la historia de Sitges, que el publicista local don Ramón Planes dice en uno de sus libros que los subirenses siempre han considerado que la historia propiamente dicha de Sitges comienza con el descubrimiento del pueblo por Rusiñol hacia 1890, mientras lo demás, es decir, desde la época de la Subur romana hasta la llegada del pintor constituye la prehistoria de la ciudad.

Es, por tanto, difícil, si no imposible, pasar por Sitges sin re-

cordar al artista de quien escribió Rubén los preciosos versos:

*Gloria al gran catalán que hizo
[la luz sumisa,
jardinero de ideas, jardinero de
[sol.
Y al pincel y la pluma y la bar-
[ba y la risa,
con que nos hace amable la
[vida Rusiñol.*

Fue, en efecto, don Santiago quien atrajo el interés de la burguesía catalana sobre Sitges. Comenzaron a construirse villas, algunas de ellas de gusto modernista, que pueden verse todavía en la ciudad. Visitaron Sitges en aquella época, invitados por Rusiñol y su «Partido Modernista», Ignacio Zuloaga, Benito Pérez Galdós y doña Emilia Pardo Bazán entre muchos otros, y veranearon en el pueblo Guimerá, Maragall, Angel Ganivet y don Nicolás Salmerón. Fue la época del esplendor de Sitges, que coincidió con el apogeo del Modernismo. La presencia de estos personajes, la belleza natural del pueblo y el talento de que daba muestras Santiago Rusiñol para organizar «happenings», de una originalidad que le envidiarían muchos ingenios modernos, hacen que la crónica del Sitges de entonces sea rica en manifestaciones artísticas y acontecimientos sociales y también en anécdotas, en discursos y en frases brillantes. Los subirenses no pueden por menos que vivir un poco del glorioso recuerdo de aquellos tiem-



Sitges tributo a Santiago Rusiñol un entusiástico recibimiento, según muestra el delicioso dibujo de "L'Escaiola de la Torratxa".

pos. La visita de doña Emilia Pardo Bazán a Sitges, por ejemplo, daría por sí sola para una divertida crónica. El ya citado Ramón Planes transcribe unos párrafos de la carta que un amigo de Rusiñol, J. M. Jordá, escribió al pintor anunciándole la llegada de la condesa a Sitges: «Es una mujer bastante pesada (en el texto catalán dice «bastant empenyadora») —¡no te asustes!— y bastante agradable... «Cuando habla resulta algo así como un Castelar hembra»... «De cuando en cuando cita el nombre de un autor de fuera de España: "Como decía Teófilo Gautier", "Como me explicó Dumas, hijo", que definen muy bien el genio retórico, rimbombante de doña Emilia. El «happening» que el «Partido» organizó con motivo de su llegada fue un coloquio artístico-literario que duró toda la noche, hasta la salida del sol, en un torreón colgado sobre el mar. Al día siguiente, doña Emilia escribió en «La Epoca» un artículo en el que decía: «Recuerdo que antes de que amaneciera pregunté a uno de los compañeros de vigilia si no causaría extrañeza en Sitges el que pasáramos la noche en claro, y me respondió que Sitges tiene el buen sentido de no extrañar los caprichos de los artistas y de comprender que si velamos en un sarao, entre el ambiente mefítico y el tedio de las inspidas conversaciones, más natural es que velemos para gozar el fresco y para ver cómo se tife de plata y rosa la extensión del mar nuestro». Y terminaba muy en su estilo, diciendo que aquello fue «el sueño de una noche de agosto a bordo de un falucho columpiado por las olas del cerúleo Ponto, el mar de los dioses y de los poetas».

LA CALLE DEL PECADO

El año pasado por estas fechas, un semanario alarmista puso, como suele decirse, el grito en el cielo respecto de la «situación moral» de la villa de Sitges durante los meses de verano. El artículo se titulaba «Mundo, Demonio y Sitges». Confieso que no lo leí ni vi tampoco las fotografías, que, según me dijeron, lo acompañaban. En rigor, no era necesario, pues la frase resumía sobradamente su contenido y el espíritu inquisitorial que al parecer lo animaba. Un espíritu, como puede comprenderse, radicalmente opuesto a todo lo que significa esta ciudad blanca donde tan buenos ratos pasaron, con sus fiestas galantes, los abuelos modernistas y que hizo brotar inspiradísimos párrafos de la bien cortada pluma de doña Emilia Pardo Bazán (recuérdese



cómo el agudo «Clarín» tenía que frenar los arrebatos retóricos de la condesa en momentos a todas luces inoportunos). Cuando me contaron el condenatorio artículo pensé que lo utilizaría, debidamente entrecomillado, para mi propia crónica de Sitges si algún día se terciara escribirla, por lo muy divertido que resulta su escatológico tremendismo.

El artículo produjo, naturalmente, alguna conmoción en la ciudad. El jefe de la Policía Municipal escribió una carta a «Destino» desmintiendo los infundios lanzados por el otro semanario. Algunos periódicos, en Barcelona y en Madrid, publicaron artículos de apasionados defensores de la buena fama de Sitges. Los suburense manifestaron cierta inquietud, y no era para menos en una ciudad que se precia de alfombrar sus calles con pétalos de flores para la fiesta del Corpus, la ciudad devota de la Virgen del Vinyet, que tiene por patronos a San Bartolomé y a Santa Tecla, y que, en un plano más mundano, aunque no menos significativo, pone su orgullo en convocar todos los años el famoso Rallye Barcelona-Sitges de coches de época, fiesta social muy del estilo de la ceremoniosidad catalana, en que los caballeros visten levita y chistera y las damas, tocadas con vistosos sombreros y ataviadas con trajes románticos hechos a la medida para la ocasión, muestran apenas, al descender de los viejos cacharros, la, en otro tiempo codiciada, redondez del tobillo.

El sambenito de la «inmoralidad», el «Mundo, Demonio y Carne» del artículo, se refería no a toda la ciudad de Sitges, sino muy concretamente a una de sus calles, la calle llamada «Dos de Mayo» (1), en la que hay unos cuantos bares tomados al asalto por una juventud ligeramente descocada y estentórea. La cosa es de una inocencia angelical

para cualquiera que esté acostumbrado a recorrer las playas españolas, y puede sorprender tan sólo a gente muy de tierra adentro, en el sentido metafórico de la frase. Lo gracioso es que el candor popular ha dado en bautizar esta calle con el nombre de «Carrer del Pecat». La autoridad, lógicamente, desconoce, o hace por desconocer, la denominación y si usted pregunta a un guardia dónde está la calle del Pecado, le dirá, sin duda, que en Sitges no existe ninguna calle que lleve ese nombre. Un nombre que, a mi manera de ver, tiene un atractivo muy del gusto de la gente moderna y, lejos de desmerecer, aumenta el encanto de la calle y hasta el valor de los inmuebles y terrenos. Un comerciante que tiene su negocio en la pequeña placita que se abre en el centro de la calle Dos de Mayo ha rotulado su establecimiento de peluquería con la palabra «Pe-Kat», subrayando de este modo su indudable valor publicitario.

Que la gente de Sitges tiene buena mano para bautizar las calles no es cosa nueva. Por ejemplo, la calle donde se encuentra una importante fábrica de determinadas prendas de uso femenino la llama todo el mundo, menos el Ayuntamiento en su rótulo, «El carrer dels sostens», si bien el pudor humorístico de los suburense denomina a las prendas femeninas mismas que allí se fabrican con el eufemismo, de cuño celtibérico, de «trapecios». Así, puede muy bien suceder que alguien, al hablar de esa calle, diga: «El carrer dels sostens, allà on hi ha la fàbrica de trapecios».

La calle del Pecado tiene su propio turismo. Junto a los muchachos de barbas y largas mechas y las jóvenes elásticas encontramos allí a los mirones, que van a ver lo que «pasa» en aquellos bares y se marchan un poco decepcionados al comprobar que, al menos a simple vista, como

«pasar» no pasa nada, aparte de la morbosa inclinación con que ellos mismos miran todo aquello. Viendo el espectáculo en su conjunto, incluyendo los mirones y los profetas que condenan la alegría de los jóvenes, uno tiende a dar la razón a don Santiago Rusiñol cuando decía, en una de sus cónicas «Máximas y malos pensamientos» que «Quien descubriera un pecado nuevo sería quemado en la plaza pública y venerado en la vida privada».

No todo el mundo en Sitges mira tan deportivamente estas cosas como el peluquero que pone la palabra «Pe-Kat» en el rótulo de su tienda. Me cuenta un amigo que la hija de su vecina, sin duda influida por la leyenda suburense, ha exigido a su novio que le dé su palabra, ante los Santos Patronos San Bartolomé y Santa Tecla, de que nunca ha conocido en su vida (en el sentido bíblico, como suele decirse en España) mujer española ni extranjera, y, sobre todo, extranjera. Ignoro cómo ha terminado el episodio y si el muchacho ha podido prestar su juramento.

LA GUERRA DE LOS PUERTOS

Mientras tanto, la vida continúa y la política local está agitada, como es igualmente el caso en muchos otros pueblos marítimos de verano, por la cuestión de la construcción del puerto deportivo. Existen, por lo menos que se sepa, tres proyectos y el Estado está en principio de acuerdo en construir un puerto en Sitges. Los promotores de cada uno de los proyectos están enfrentados con los de los demás y la guerra entre dos de ellos, apoyados respectivamente por la Diputación de Barcelona, que preferiría el proyecto de la zona de Aiguadolç, y el Ayuntamiento de Sitges, que se inclina por construirlo al pie del promontorio de los Museos y del Cau Ferrat, ha registrado escaramuzas y aun batallas de alguna consideración, que tienen entretenida a la población civil con un tema algo más fructífero y constructivo que el de si existe o no pecado en la calle del Pecado. El último de los encuentros se produjo recientemente, el día del banquete de gala ofrecido por la Diputación barcelonesa con motivo del acto solemne de la inauguración de la colección de arte donada por el «filántropo» barcelonés señor Pérez Rosales. A la hora del banquete se presentaron, con sus señoras, los concejales del Ayuntamiento de Sitges. Cuando iban a tomar asiento en las mesas dispuestas en el Salón Dorado del museo, donde debía celebrarse la comida, un secreta-

consumiendo vacaciones

rio de protocolo de la Diputación les hizo saber que no había sitio para las señoras. El salón era reducido y se presentaron las excusas del caso, pero los concejales se tuvieron que marchar con sus esposas a comer en el restaurante La Fragata, y la cosa fue interpretada como un «feo» de la Diputación al Municipio. El pueblo se conmovió, dentro de lo que cabe conmovirse por un desaire oficial. La gente hablaba del asunto. Uno decía: «Algo me imaginaba, porque he visto al concejal N. en mangas de camisa a las cinco de la tarde, lo cual era muy raro el día del banquete oficial». Otro dijo: «A ver si estalla de una vez la guerra y sabemos cuál de los cuatrocientos proyectos es el que eligen».

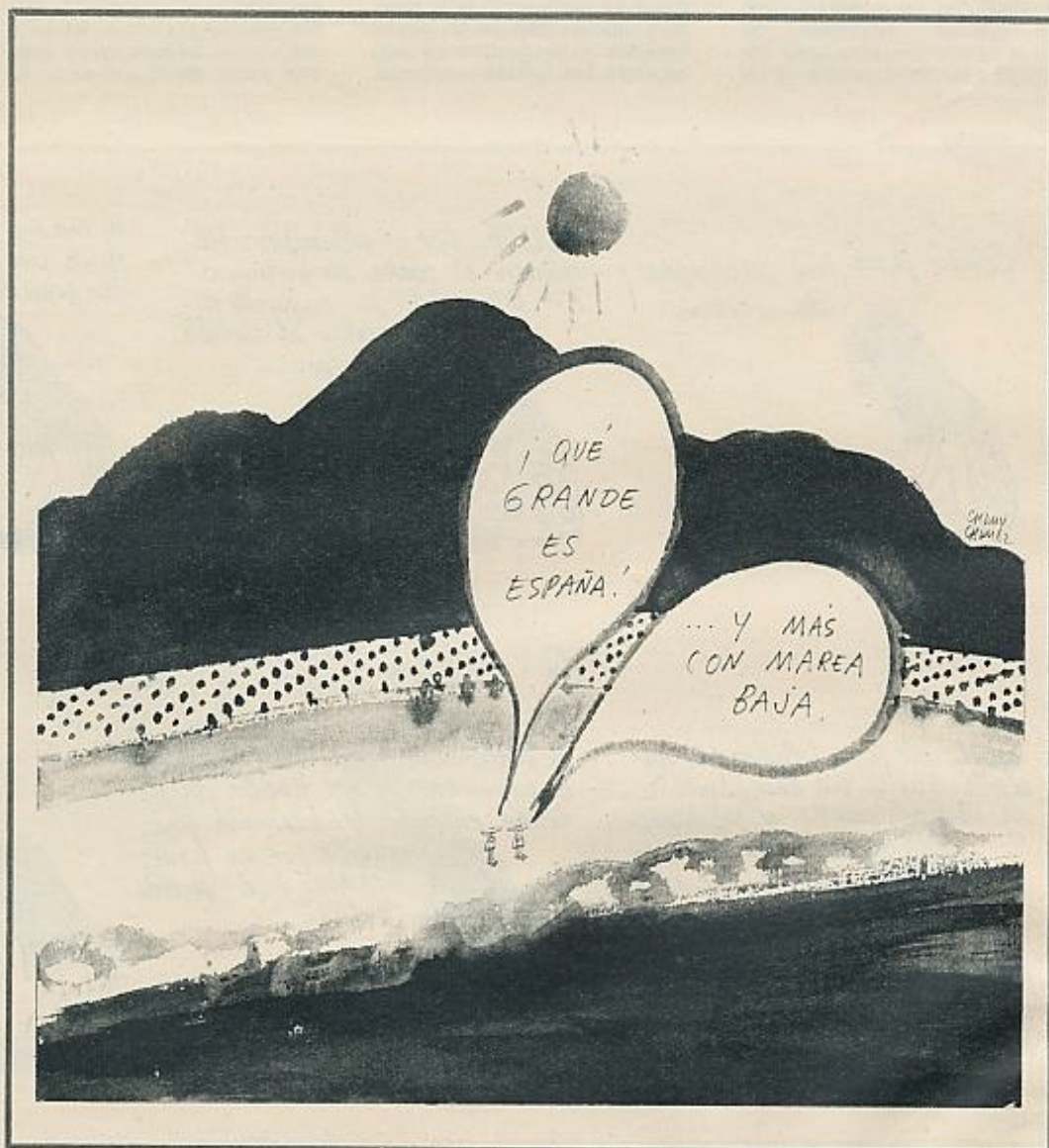
Otro hecho de alguna importancia a nivel local ha sido, en estos días, la jubilación del pregonero. Don Ruperto Roca es una institución en Sitges, y ha estado «gritando» los pregones en la ciudad hasta hace unas semanas. Por fin ha decidido retirarse. Roca se considera un incomprendido en su misión de pregonero (él fue guardia municipal, cargo en el que se jubiló hace unos años). Dice que cuando tocaba la trompeta en medio de la calle y gritaba: «Por orden del señor alcalde, se hace saber...», los turistas que estaban a su alrededor empezaban a reír y se burlaban de él. Hace mucho tiempo que tenía intención de abandonar el cargo, pero la insistencia de la Alcaldía en que continuara ejerciéndolo se lo ha impedido hasta ahora, en que, finalmente, ha logrado convencer a las autoridades. La pasión del señor Roca es cantar, lo cual hace con éxito en bodas y fiestas. Sus ideas políticas: «Jo era de la Lliga. Volia l'Espanya Gran», dice recordando el «slogan» de Cambó. El ex pregonero de Sitges es una representación a lo vivo del «seny» de la Cataluña tradicional. «Jo, un gust de tant en tant», un placer de cuando en cuando. «El diumenge, sap, un café i La Vanguardia», los domingos, ¿sabe usted?, se toma un café, tan feliz, y lee el periódico.

contribuyeron a poner de moda a Theotocopuli. Lo cierto es que, en esa época, el interés que este pintor despertaba no debía ser muy grande cuando Rusiñol, por consejo y con la ayuda de Zuloaga, pudo comprar en París dos cuadros del Greco, «La Contrición de San Pedro» y «María Magdalena Penitente» por sólo mil francos. En el Museo del Prado había «Grecos», pero no se les había dado hasta entonces la importancia que tenían. Rusiñol, que había fundado ya en esa época el Museo del Cau Ferrat, cuyo nombre se debe a la fabulosa colección de hierros forjados que en él pueden verse, decidió regalar los cuadros al Museo y montar, a su llegada a Sitges, un fabuloso «happening». El día 4 de noviembre de 1894 se concentró en la ciudad blanca la plana mayor del Modernismo. En la plaza de la

estación se formó la comitiva en la que participaban muchos de los más ilustres hombres de letras, pintores, escultores y críticos de la época: Narcís Oller, Joan Maragall, Albert Llanas, J. Pijoan, Puig i Cadafalch, Ramón Casas, Pompeu Gener... Los suburenses engalanaron los balcones y las ventanas con colgaduras y colchas de gala (José Plá dice que muchos en Sitges creyeron que el Greco era un amigo de Rusiñol a quien éste protegía). La insólita procesión se puso en marcha hacia el Cau Ferrat. Delante iban dos miembros del «Partido Modernista» a caballo, abriendo la comitiva. Seguían, así lo cuenta Plá, los dos cuadros del Greco rodeados con hachones encendidos y portados por escritores y artistas que se turnaban en la tarea de mostrar al público congregado en la calle las obras del genial

artista. Detrás de los cuadros marchaba Rusiñol «con el sombrero ancho en el pescuezo, arrastrando un poco los pies y repartiendo sonrisas a la ciudadanía ligeramente asombrada». Después de colocados en el Museo, donde todavía pueden verse, se celebró el banquete de una manera completamente informal. Se habló de todo menos de la ceremonia. Pero la fiesta había servido para llamar la atención sobre el gran cretense a quien unos años después Sitges levantaría un monumento en el Paseo de la Ribera.

A los casi ochenta años de aquello, algo ha tenido que suceder para que alguien pudiera titular un artículo sobre Sitges (provocando con ello la inquietud de las «fuerzas vivas») con la carpetovetónica, escatológica, maniquea frase de «Mundo, Demonio y Sitges». ■ L. C.



FINAL MODERNISTA

Esta crónica termina con la evocación de una fiesta modernista celebrada por Santiago Rusiñol y su gente con motivo de la solemne entrada en Sitges de los «Grecos». Se ha dicho que fue Rusiñol quien descubrió al Greco. La afirmación no es exacta y más bien podría decirse que la pasión que él demostró por el cretense y la aparatosa procesión que organizó al traerlos de París